

Carta Anti-Virus

Suena la alarma puesta para las **ocho de la mañana**. Me visto como de costumbre con colores neutros y opacos, me lavo los dientes, y la cara y corro a desayunar mi típico vaso de agua fresca. No me demoro más de 30 segundos en beberla ingiriendo los fármacos que me mantienen en actividad: anti tristeza, anti sensibilidad, anti empatía y anti fatiga. ¿Qué haría sin mis fármacos? Me cuestan casi la mitad de mi sueldo pero me ayudan a prevenir las enfermedades más infecciosas. Tranquilamente podría contagiarme de tristeza, sensibilidad, fatiga, y todo ello me haría más lenta, deteniéndome con sus síntomas desagradables. Algunos de ellos incluyen: reflexionar, realizar cada acción con dedicación y mente involucrada, parsimonia y tranquilidad. ¡Son los peores virus de este mundo!

Salgo de casa exactamente a las **ocho y diez de la mañana** y me deslizo con mi Segway hasta el trabajo a una cuadra de casa. Mi vehículo tiene dos ventajas: en primer lugar evito cruzarme con los pobres que trabajan por el vecindario, que son los únicos que buscan la conversación, y en segundo lugar no pierdo minutos ni energía caminando.

A las **ocho y once** ingreso a mi oficina personal que es un lujo. No tiene ventanas, así las vistas no contaminan mis ojos, tiene un reloj interactivo que me permite organizar minuto a minuto mis actividades: ir a comer, al baño, mandarle un mensaje a mi madre, masticar un chicle, tomar un vaso de agua, y otras actividades diarias habituales. Gozo de una computadora de última generación que cuenta con un sistema ultra moderno. Este me permite comunicarme con los diferentes empleados sin perder mi valioso tiempo trasladándome de una oficina a otra oficina, desperdiciando palabras y gestos o contactos visuales inútiles.

Mi trabajo es rápido. Soy la gerenta del diario más importante del país, el In-Communication. Mi deber básicamente es compilar en un mismo sitio toda la información que recopilan los pobres. Ellos son los únicos que piensan, reflexionan, observan sus alrededores con detenimiento, y por eso descubren las noticias más interesantes y nos las venden por unos

pesos. La ventaja económica de contratar a esta especie peculiar de personas es que no valorizan su trabajo, ergo cobran poco dinero. Entienden que son los diferentes de la ciudad, que son los únicos cuyo tiempo tiene poco valor, por lo tanto, pueden desperdiciarlo interpretando los acontecimientos del mundo. Se consideran con la suerte de conseguir un trabajo digno, y solo por eso aceptan condiciones laborales inferiores.

Nunca me detengo a revisar lo que publico, pero hoy una noticia captó mi atención. El titular decía “El millonario que pensó”. Al ver la foto fue tan impactante que incluso casi me lleva a cometer un delito considerado horrendo para mi status social, ¡Casi lloro! Por suerte logré contenerme, pero al recuperarme me percaté que ese sujeto era mi mejor amigo de la infancia, desde los dos años de edad.

Con Santiago nos juntábamos desde muy pequeños a no hablar, a no jugar, a no pensar, tal como nos enseñaron nuestros padres. Con él, el tiempo pasaba más lento, el día se hacía más largo, y eran puras risas y juegos. Jamás nos desaceleramos estando uno con el otro. Siempre fuimos dinamita. Nos complementábamos de una manera que nos beneficiaba a ambos.

Efectivamente leer esta noticia valía cinco minutos de mi tiempo, por eso me coloque los guantes para manipular la porquería que vendo y leo: “Hombre millonario deja una carta explicándole a su mujer que tenía los síntomas más mortales del mundo, por ese motivo se alejaba de su casa para no contagiarla ni a ella ni a sus hijos, desapareciendo por más de 24 horas”.

A las **ocho y media** golpean mi puerta. Por la cámara de seguridad logro ver que se trata de una mujer muy pequeña, con anteojos y un libro, que carga en su enflaquecida mano derecha, aparece frente a mis ojos. Así visten los pobres... Ah, casi se me olvida lo inaudito, ¡No usan reloj! Me pregunto, ¿Cómo pueden vivir de ese modo?, pobres desdichados... Coloca su pulgar derecho en el lector y rápidamente mi pantalla imprime sus datos personales. Ella es

mi favorita. Su nombre no me gusta, se llama Luna, pero vive en el lugar más abarrotado de noticias, en el centro, y esa situación la hace muy útil para mi empresa. Su cara está pálida.

En muy pocas oportunidades permito el ingreso de empleados a mi oficina, pero el aspecto de esta mujer me preocupa. Tomo la caja de medicamentos de emergencia de mi maletín y retiro una píldora de la caja que dice Aporofobia Express. Estos medicamentos funcionan de maravillas y eliminan el cien por ciento de las probabilidades de contagiarse algún síntoma de los pobres. Una vez protegida, presiono el botón para que se abran las puertas corredizas y observo cómo Luna se asoma con delicadeza.

Ella se toma el tiempo de pedirme permiso para pasar, con la modestia de los humildes, y se sienta tímidamente en el piso frente a mí. No tengo silla para invitados. Es un buen truco que me enseñaron en la academia para no perder tiempo con largas e inconducentes conversaciones. Con dedicación y dulzura (ambas características que me disgustan de ella), me relata que la noche anterior había visto a un sujeto con las mismas características del hombre de la foto, pensé, la más impactante noticia del día, que lo vio tirado en una plaza bajo un árbol. Parecía relajado, observaba el cielo con los ojos abiertos y brillantes, y a lo lejos se podía percibir cómo su vientre se hinchaba y deshinchaba con movimientos muy lentos, al unísono de su respiración tranquila.

A las **ocho con treintaicinco** le pido a Luna que se retire y sigo trabajando. No hay tiempo que perder. No logro concentrarme. Dentro de mi visión periférica algo estorba el orden de mi oficina. Alzo la vista y observo en el piso frente a mí un papel hecho un bollo. Tomo mis guantes y lo recojo. Al desdoblarlo leo:

Santiago, 26 de diciembre de 2017

Estimada vida,

Permítame comenzar esta carta con una pequeña observación. Si supiera a qué persona destinarle mis palabras, créame, lo hubiera hecho. Pero me encuentro en la disyuntiva de no

saber a quién requerirle mis deseos más íntimos. Ya a esta altura, más que pedidos resultan ser súplicas desesperadas por propios anhelos insatisfechos.

En primer lugar me gustaría contarle que el establecimiento del reloj como herramienta para dirigir nuestros tiempos se ha convertido en un problema (casi diría, sin solución). Entiendo plenamente que las intenciones iniciales eran generar un orden común que permita la organización social. Pero permítame expresarle que los humanos de estas últimas décadas se alienaron con este instrumento. Lo han premiado colocándolo en lo alto del pódium en sus vidas diarias, y parece que todo se centra en las agujas que avanzan sin detenerse, enajenando a quien las observa, por lo general ansiosamente, obsesivamente.

En segundo lugar quisiera rogarle que no sea tan cruel. Deje de reclamar cada vez más. Ha sobre exigido a los humanos de una manera aterradora, al punto en que ya nadie se detiene. Viven acelerados, sin considerar siquiera la posibilidad de detenerse a pensar, por favor entiéndame, ¡Ni a pensar! Razonar y reflexionar se han vuelto sinónimos de pérdida de tiempo y miedo a ver. ¡Lo original asusta! Vida, le pido por favor... ¡El proceso creativo se ha detenido! Es todo homogéneo, gris, chato, aburrido. Se reproduce y acelera lo ya existente porque lo verdaderamente nuevo da pánico. ¿A usted le parece que las ideas caigan a tierra como estrellas muertas (o fugaces)? (Sin tiempo a alumbrarnos, sin dar siquiera cabida al saber profundo y nuevo).

Jampero quisiera olvidarme de lo que se está haciendo con el conocimiento personal. Creo que es una de las áreas más afectadas. Las personas se olvidaron de la posibilidad del autoconocimiento y la auto observación. Dedicarle el tiempo necesario no genera dinero ni nos ubica en un mejor status social, entonces es descartado como una inutilidad...

Conocerse es acceder al riesgo de la herida, a encontrar elementos propios que nos desagradan, pareciera como si eso sería un horror!, ¡Como si encontrar defectos y trabajar para modificarlos es una pérdida de tiempo, otra vez el reloj! Y para peor, el pequeño porcentaje de los sabios que cuentan con la virtud del conocimiento personal, ¡Concurren al psiquiatra en búsqueda desesperada de corregir su patología! Si tan solo... Si tan solo pudiera decirme qué puedo hacer contigo... vida.

Estimada, ya no presione a estas almas, las está destruyendo. Está cambiando seres pensantes en máquinas funcionales, individuos reflexivos por robots acelerados que repiten sin cesar, está transformando personas sentimentales en esculturas de hielo que esconden en su capa más profunda los rasgos de sensibilidad y humanidad.

Por los motivos descriptos previamente, me gustaría pedirle que detenga el tren, que haga una pausa y reflexione. Le insto a que las agujas del reloj no avancen tan rápido y que la competencia monetaria no sea el estímulo que guíe al hombre, sino el conocimiento, que logre reemplazar el narcisismo por la cooperación colectiva, y pacificar a aquellos que han perdido por completo la cabeza en un círculo vicioso materialista. Deseo desde lo más profundo de mi ser que se recupere el sentido supremo del amor, el compañerismo, la empatía, y encontrarse en la mirada del otro, el silencio, la reflexión que nos da la pausa para corregirnos.

La luna, objeto de admiración por su belleza, se la entiende como tiempo de sueño, llegado el momento de dormir, frenando la máquina de producir. Los libros implican pérdida de tiempo, la escritura no tiene valor, y lo único que vale más que todo el oro del mundo son los segundos del reloj, que corren a un ritmo acelerado, corriendo por detrás a los seres humanos.

No sé dónde está... Quiero pensar que aún no se ha enfermado del todo y que estamos a tiempo de sanarla... Le escribo confiando en que aún no se ha apagado, y que todavía tendrá luz para leer mis súplicas. En este momento me la imagino triste... Sé que no quería robots, sino humanos...

De todas formas, muchas gracias por leer mi carta y no esperar que le envíe un mensaje de máximo 140 caracteres. Aún no logro caer en esa trampa.

Guardo mi amor hacia ti. Me despido cortésmente, como se hacía antes.

Luna Jisoprawska

Una sensación extraña inunda mi cuerpo. Comencé a sentir que se me cerraba la garganta y el dolor de cabeza resultaba ser insoportable. Necesitaba abrir una ventana pero me acordé que no tengo, (¿Desde cuándo tengo necesidad de abrir ventanas?). Algo me está pasando.... socorro.... Pero no, no puedo pedir ayuda.... Mi oficina está programada para eso... ¡No puedo molestar a nadie! Se me revuelve el estómago y siento cómo la tristeza y sensibilidad se adueñan de mí...

Miro el reloj, son las **ocho y cuarenta** minutos. De pronto mi dispositivo para chatear se ilumina. Coloco mi cara frente al celular para desbloquearlo y abro la aplicación NotTalk. Es Luna la que me escribe:

Santiago está muerto. La autopsia reveló que su cuerpo recibió una dosis de admiración, sorpresa, revelación y enamoramiento, virus para los cuales Santiago no tenía protección, no tenía el antivirus.